

—Perfectamente, Alteza.

—¿Quién era?

—Vuestro mayor enemigo.

Fulvio hizo un ademán de impaciencia.

—El hombre de Palermo—añadió Cucuzone.

—Si el maestro hubiese querido... —refunfuñó Ruggieri acariciando el mango de su puñal.

Cucuzone repuso meciéndose con gracia:

—No hay que perder tiempo... yo me encargo de él por poco que el maestro quiera.

—¡Os prohibo tocar un solo cabello de su cabeza!

El marino y el saltarello permanecieron silenciosos.

—No soy yo quien os lo ordena, muchachos —repuso Fulvio cambiando de tono de manera que no lo oyese Celestina;—es la regla... el doctor Pedro Falcone posee la sortija del Silencio...

Cucuzone no pudo menos de decir:

—¿Dónde la ha robado?

—El joven de la casa de los Folquieri—continuó el príncipe,—debe hallarse á estas horas en la de Johann Spurzeim. Es necesario que uno de vosotros aceche desde afuera y otro se introduzca en la casa, no importa cómo.

—¡Yo me encargo de lo último!—exclamó el saltarello;—la casa tiene chimeneas.

—Si le aconteciese alguna desgracia á ese joven—acabó Fulvio elevando la voz y mirando á Celestina que le sonreía con lágrimas en los ojos,—vosotros me responderéis con vuestra vida!

### III

#### El retrato

Angélica continuaba triste y sola. Era la primera vez de su vida que tenía que esperar.

Un hermoso reloj sostenido por el carro emble-

mático de Diana señalaba lentamente el paso de las horas.

En los alrededores, los olorosos bosquecillos permanecían silenciosos; no se oía paso alguno en la arena de oro de los senderos.

Angélica acechaba el menor ruido. Su bella cabeza pensativa se apoyaba en su mano. De vez en cuando la brisa encalmada dejaba oír sus murmurios, agitando de improviso las ramas perzozas de los laureles.

Nina no había llegado, Fulvio tampoco.

En aquel encantador pabellón había algunos preciosos cuadros maestros, y ante la ventana dos grupos antiguos que formaban simetría. También había un cuadro moderno; un retrato á lo Van-Dyck.

Era un joven, muy joven, vestido al uso que se ha convenido en llamar alemán, á pesar de que los alemanes no lo siguen.

Nosotros vimos un día el original de este retrato en el fondo de la Calabria ulterior segunda, junto á las playas de Santa Eufemia.

¿De quién podía ser este retrato en el misterioso pabellón de Nina Dolci sino de Fulvio, su dulce amigo?

Pero de Fulvio adolescente, tal cual era en los felices tiempos de luchas y amores, tal como la gitana Fiamma le había adorado de rodillas.

La fisonomía del retrato descollaba bella y poética. Creyérasela un rostro de mujer, ó mejor aún el rostro de uno de esos jóvenes reclusos que viven lejos de la vida mundana, y que pasan, tristes y tranquilos, de los bancos de la escuela á la silla del coro.

Su traje severo, de terciopelo negro, cerrado hasta el cuello, se prestaba á la comparación. Remedaba casi una sotana.

Angélica estaba sentada frente á este retrato.

Sus ojos se habían fijado repetidas veces en la tela y siempre los había apartado con una expresión de espanto; puede decirse casi de angustia.

Su corazón sufría, pero este sufrimiento no lo causaba su orgullo humillado de tener que esperar.

A veces llevaba su mano al corazón y sus mejillas palidecían.

Pero ¿por qué tal sufrimiento? Y ¿por qué su miraba se apartaba del retrato?

Fulvio debía tener dieciocho años cuando se hizo éste.

Angélica conocía quién se asemejaba al retrato más que el mismo Fulvio.

Y se decía con el alma turbada:

—Estoy bien segura de que si él me amase, yo sería fuerte...

Y entre las nubes que velaban su conciencia, surgía una pregunta á despecho suyo:

—Y yo, ¿le amo como antes?

Para responder no debía mirar el retrato, porque la blanca figura que se destacaba de la obscura tela, ya no era el mismo Fulvio.

Era el adolescente de semblante melancólico y suave que Angélica había encontrado en la iglesia de San Genaro de los Pobres.

El «joven santo» de quien había hablado á Nina Dolci en el baile del palacio Doria.

Era él, rasgo por rasgo.

Angélica no se atrevía á volver á mirar á ese retrato fascinador que le hablaba misteriosamente de otro Fulvio. Para huir de estos pensamientos que la hostigaban y oprimían, veíase obligada á refugiarse en sus sentimientos religiosos y decir:

—¡Pertenece á Dios!

Así, pues, permaneció mucho tiempo inmóvil y con los ojos cerrados. Su ardiente cabeza le pe-

saba; puso sus bellas manos sobre su semblante de fuego y se escapó un gemido de su pecho.

—¡Voy á volverme loca!—murmuró.

A través de sus párpados cerrados, veía siempre la suave y angelical sonrisa.

El sol descendía ya hacia el horizonte. Sus rayos que pasaban entre el follaje de las acacias plantadas delante del pabellón, venían á jugar sobre la frente de Angélica.

De súbito se dibujó una sombra.

Angélica dejó de ver que había alguien entre ella y la ventana.

Era Fulvio á quien aguardaba, no Julián en quien tenía fijo el pensamiento.

—Angélica—le dijo una voz dulce y grave á su oído,—¿por qué lloráis?

La ilusión se desvaneció como la neblina azotada por las brisas del mes de Mayo. Todos sus vagos terrores se alejaron á la vez.

Su fisonomía apareció repentinamente risueña.

—Gracias por haber venido—contestó tendiéndole la mano.

Fulvio dobló una rodilla para besarla.

—Príncipe—le dijo la joven en tono de reprehensión, pero sin cólera;—yo no sabía lo que era esperar.

Coriolani no se excusó. Sus labios quedaron pegados á la mano de Angélica, la cual sonreía pálida y conmovida.

Era cosa maravillosa ver á aquellas dos criaturas, una enfrente de otra, tan perfectamente bellas; imposible era no presumir que el uno había nacido para el otro.

Ellos se amaban; sus ojos lo decían suficientemente, y parecía que la naturaleza entera debía festejar sus espléndidos esponsales.

—¡Fulvio! ¡Fulvio!—exclamó Angélica;—ayer me

dijisteis:—«Necesito veros...» Yo también tenía necesidad de veros. Mi corazón sufre y siento un malestar inexplicable. Sed mi médico, Fulvio, curadme!

—Os he preguntado por qué llorabais, Angélica, y no me habéis respondido. ¿Para qué ocultarlo? Yo soy el origen de esas lágrimas que derramáis por haber desobedecido á vuestro hermano á quien queréis como al mejor de los padres, y porque mientras le resistís no dejáis de abrir vuestro corazón á las sospechas que abriga él en el suyo, ¿no es eso, Angélica?

Esta inclinó la cabeza.

Tal parecía deber ser su preocupación. Pero en lo que menos pensaba era en su hermano.

Fulvio la contemplaba con una admiración llena de amor.

—¡Nunca os había visto tan bella, Angélica!—murmuró.

Por las mejillas de la joven rodó una lágrima.

—Fulvio—profirió en voz tan baja que apenas podía oírsele;—daría mi vida por estar segura de vuestro amor.

—Yo voy á dar más que la vida para aseguraros del vuestro, condesa—respondió el príncipe con voz triste.

Ella le miró con los ojos sorprendidos. Los dos permanecieron un instante contemplándose.

La imagen fantástica que hacía fatigosos los sueños de esta dulce virgen se había desvanecido, y sólo quedaba Fulvio, su Fulvio, su vencedor! Angélica, amaba profundamente, ardientemente: ¡era feliz!

El príncipe sentía renacer en su alma la santa fiebre de las primeras ternuras.

Parecía que ninguna fuerza humana podía ya obstruir en adelante el camino florido de su felicidad.

—Angélica—repuso Fulvio,—he puesto en vos, en vos sola, todas mis esperanzas. Si me amáis, alcanzaré en la tierra el paraíso; si me he engañado, todo habrá concluido para mí.

—¡Si le amo!—tartamudeó la Doria con los ojos llenos de lágrimas;—¡Virgen madre! ¡duda de si le amo!

—Si me amáis, Angélica, este será el más feliz de nuestros días. Las sospechas de que hablaba hace poco, las sospechas de vuestro hermano desaparecerán, porque sé que posee un corazón noble y que no negará la luz cuando brille en todo su esplendor. Si no me amáis...

—No quiero que habléis así, príncipe—interrumpió Angélica;—estoy en vuestra casa y permito que continuéis arrodillado á mis pies.

—Es que el amor como yo le entiendo—continuó Fulvio,—no es un amor vulgar; como yo amo, quiero que se me ame.

—Aunque me améis como no se ha amado jamás en el mundo, no temo medir mi cariño con el vuestro—murmuró Angélica.

—¡Ojalá sea así!—dijo lentamente Coriolani.

Sus miradas devoraban á la Doria.

—Os lo aseguro, Angélica—continuó Fulvio siguiendo el pensamiento que le dominaba;—todos los obstáculos amontonados por la envidia ó la calumnia á mi paso, han desaparecido. El nombre de Monteleone que me pertenece, y que parecía tan superior á mi alcance, está á mi disposición; no tengo más que extender la mano para tomarle, he llegado al pináculo y al triunfo; entre nosotros y la felicidad sólo media una barrera, y esta barrera sois vos!

—¡Yo!—exclamó la bella Doria.

—Vos, Angélica, que quizá no aceptaréis las condiciones de mi amor.

—¿Tan inaceptables son estas condiciones?

—Vuestro acento ha cambiado—dijo Fulvio con melancolía;—veo en vuestras miradas la desconfianza naciente y el amor propio lastimado. Aun es tiempo, señora; el pacto no ha concluído...

Ella enjugó sus ojos y le miró sorprendida.

—¡Evitadme este suplicio!—exclamó con voz alterada;—si no tenéis confianza en mí, ponedme á prueba.

—Para eso he venido, señora—repuso Fulvio. Y como Angélica se levantase ofendida, prosiguió con su grave y armoniosa voz que sabía dirigir tan bien al corazón:

—Ya sé, condesa, que sois pura como los ángeles, pero si de súbito una revelación terrible me mostrase vuestro pasado bajo otro aspecto, no por eso dejaría de amaros.

El rubor subió á las mejillas de Angélica, y bajó sus ojos inquietos, guardando el más profundo silencio.

Fulvio pareció dudar un instante

Pero no fué más que un instante. Su voz se hizo de pronto más breve é incisiva, en tanto que replicaba:

—Pero ¿para qué buscar subterfugios, condesa? esta conversación no puede prolongarse; los dos sufrimos...

—Es verdad—tartamudeó Angélica;—¡yo sufro! Y retiró su mano de entre las del príncipe para llevarla á su corazón.

—He aquí lo que quiero saber, condesa—dijo Fulvio levantándose y fijando en ella su mirada con altivez:—¿hay algo en el mundo que pueda impedirnos amarnos?

—No os comprendo.

—Y sin embargo, habéis de comprenderme, condesa, porque todo depende de vuestra contestación. Ya sé que me amáis, lo sabía antes que me lo dijeseis, pero ¿amaríais aún en mí al desgraciado

desprovisto de su prestigio, al combatiente humillado? Si un día supieseis...

—Creo—le interrumpió Angélica,—que entonces me moriría, Fulvio, pero no cesaría de amaros.

—El que ama no quiere morir.

—¡Soy Doria!—profirió lentamente Angélica.

—¿Es decir, que vuestro orgullo es más fuerte que vuestro amor?

Angélica sintió frío en el corazón, pero repitió:

—¡Soy Doria!

Luego añadió con lágrimas en los ojos:

—¿Sé yo lo que haría, señor? En nombre del cielo tened compasión de mí! explicaos. ¿Quién sois?... ¿Qué habéis hecho? ¡Hablad!

—Soy Mario, conde de Monteleone—respondió el príncipe.

El gozo brilló en las miradas de Angélica.

—Pero—añadió acentuando cada una de sus palabras,—mi vida pasada no corresponde á mi nombre. La condesa Doria pudiera algún día echarme en cara haberla engañado.

—¿Vos no habréis descendido hasta la bajeza?—murmuró la joven.

—¡La bajeza!—repitió el príncipe;—esto no es más que una palabra, condesa. Pero no me interrumpáis: con una sola frase voy á deciroslo todo. Nina Dolci os ha contado esta mañana la historia de un bandido de las Calabrias.

—¡De Porporato!—tartamudeó Angélica.

—De Porporato, señora. Esta historia os ha sorprendido, lo veo.

—¿Habríais sido como él, señor?

Fulvio retrocedió un paso, respondiendo con voz sorda:

—¡Soy Porporato!

Angélica reclinó su bella cabeza sobre el respaldo del sillón.

Fulvio aguardaba.

—Angélica—le dijo después de un largo silencio:—no quiero defender mi causa, solamente os diré que al presente vos sois mi único amor, y suceda lo que quiera, juro que este será el último. ¡Sed mi juez sin apelación! Un carruaje con las armas de vuestra familia os espera en la puerta del palacio que da á la campiña, nadie os ha visto entrar, nadie os verá salir. Ha llegado la hora de presentaros en la quinta Floridiana... sois libre...

Un sollozo levantó el pecho de la bella Doria. Sus ojos se abrieron, y su mirada se fijó en el retrato que tenía enfrente.

Luego experimentó como un movimiento de horror.

Diríase que buscaba un refugio en torno de ella.

—¡No! ¡no!—exclamó poniéndose las manos delante de los ojos;—¡no quiero! ¡no quiero!

Todo su cuerpo temblaba á impulso de un misterioso terror.

Trató de levantarse y no pudo tenerse en pie. Fulvio acudió para sostenerla, pero echándole ella los brazos al cuello, exclamó:

—¡Te amo!

En su aspecto había algo de extraño. Fulvio no sabía el secreto de esta emoción.

—Juradme—exclamó imperiosamente la Doria cuyo orgullo buscaba un asilo,—juradme que sois Mario, conde de Monteleone.

Y se volvió de manera que no pudiese ver el retrato, pero su imagen estaba en su corazón, y su alma experimentaba una desesperación inexplicable.

Era el abismo al cual la precipitaba una irresistible corriente magnética.

Su corazón le decía esta verdad que la lastimaba.

—Sólo Fulvio puede defenderte de ese otro amor que es un crimen.

Religiosa, á la manera italiana, se horrorizaba al pensar que iba á disputar un corazón á Dios.

—Juro—repitió entretanto Fulvio,—que soy Mario, conde de Monteleone.

—Entonces—dijo vivamente la Doria,—mi hermano y yo poseemos vuestra fortuna.

—Si no me amáis, Angélica, no tengo necesidad de herencia—replicó Fulvio con sencillez.

La Doria se levantó con ímpetu; sus ojos despedían un fuego sombrío.

—Hace poco me habéis dicho que un carruaje con las armas de mi familia me esperaba en la puerta del palacio. Quiero que subáis á él conmigo. Quiero quemar mis naves y llegar á la corte en vuestra compañía.

—¿Estáis resuelta, condesa?

—Resuelta. ¿Acaso retrocedéis?...

Fulvio tomó su mano y la llevó á sus labios.

Angélica se inclinó y besóle la frente.

—¡Sello nuestros esponsales!—dijo con extraña sonrisa.

—Dios os devuelva, señora—contestó Fulvio en el recogimiento de su profunda alegría,—toda la felicidad que me dais... Sois mía para siempre, y ¡ay del que intente separarnos!

Tiró de la campanilla, y rasgando una hoja de su librito de memorias, escribió en ella algunas palabras.

—¡A los que aguardan en la galería de Apolo!—dijo al criado que entró, dándole el papel.

Luego tomó la mano de Angélica y la condujo al carruaje.

Los que aguardaban en la galería de Apolo eran los maestros del Silencio: Amato Lorenzo, convertido en el banquero Massimo Dolci; Policeni Corner, transformado en el caballero Hércules Pisani; Marino Marchesi, intendente de policía bajo el nombre de Andrés Visconti Armellino; y en

fin, el capitán Lucas Tristany, en la actualidad el coronel San Severo.

Hacía mucho tiempo que esperaban inquietos.

El billete que les llevó el criado de parte del príncipe Coriolani, decía bajo clave:

«Esta noche todo habrá concluído; vosotros seréis libres y ricos.

»Hasta nueva orden permaneced separados de las «logias»; no tenemos necesidad de la alianza de los «carbonari».

»Velad y preparaos para cualquier evento. A veces lo más terrible de la lucha acaece en la hora del triunfo».

No había firma.

Armellino, Pisani y el anciano Massimo Dolci se estrecharon la mano con alegría.

—¡Corpo di Baco!—dijo el buen coronel San Severo;—¡quisiera comprender algo de nuestros propios secretos!

—¡Cada uno á su puesto!—mandó el anciano Massimo Dolci;—todos vamos á ciegas, mi buen Tristany; pero con tal que el maestro vea claro, no puede perderse la partida.

#### IV

##### La quinta Floridiana

Entre las maravillosas quintas que cercan á Nápoles y son el orgullo de la campiña, ninguna más bella que el palacio de verano hecho restaurar por el príncipe de Torella á principios del siglo XIX para su segunda esposa la encantadora princesa y duquesa de Partanna y Florida. Está situada en la vertiente occidental del Vomero, no lejos de otro paraíso terrestre llamado la quinta de los príncipes de Belvedere. El caballero Nic-

colini, hábil arquitecto, prodigó en él todos los recursos de su delicado gusto un poco cargado de adornos.

Fernando, rey de Nápoles, lo compró en 1820, después de la muerte de la duquesa Florida, para hacer un presente á la duquesa de Salerno, su nuera.

En 1823, época en que pasa nuestra historia, la corte de la quinta Floridiana era tan numerosa como la de Capodimonte ó Palazzo Reale, á consecuencia del gran favor que gozaba con el rey la esposa del hijo segundo de éste.

Desde los magníficos jardines escalonados sobre la pendiente de la colina, se descubrían, como un extenso abanico, las playas, la bahía, las islas, y por encima la ciudad, el cono amenazador y terrible del Vesubio de donde salió la lava que cubrió á Pompeya.

Serían las cuatro de la tarde.

Hacía ya dos largas horas que la asamblea de la familia real convocada por el rey estaba reunida.

Pero las princesas, dispersadas por los jardines, continuaban del brazo de sus caballeros, aguardando la presencia del rey.

El príncipe Fulvio Coriolani, héroe de este consejo de familia, tampoco había parecido.

Al contrario de los cortesanos, que deseando saber el resultado de esta solemne convocatoria, empezaban á poblar las verdes calles de árboles á través de los cuales deslizaba el sol sus tibios rayos.

Nadie ignoraba que se trataba del príncipe Fulvio Coriolani. Todo el mundo creía adivinar que el objeto de la deliberación sería el matrimonio del príncipe con Angélica Doria.

En efecto, entre los grandes señores convocados